

JAMES ROMM, *Plato and the Tyrant. The fall of Greece's greatest Dynasty and the Making of a Philosophic Masterpiece*, W. W. Norton & Company, New York, 2025, 368 pp. ISBN: 978-1-324-09318-3.

Quizá, si quisiéramos clasificar el volumen de Romm, podríamos optar por colocarlo entre las nada apretadas filas que componen las obras biográficas sobre Platón. Habitualmente, para encontrar biografías de Platón debemos dirigirnos a volúmenes que tratan sobre su obra o a compilaciones de los textos traducidos, aunque también podemos encontrarlas en obras históricas.¹ De la antigüedad nos han llegado, principalmente, la nota biográfica que Diógenes Laercio incluye en su capítulo sobre el filósofo y algunos apuntes que preceden a comentarios de sus obras, como los de Hesiquio u Olimpiodoro. En general, si ponemos en una balanza los comentarios a los textos de Platón y, en otra, los escritos biográficos, el incuantificable desequilibrio que resulta no nos debe engañar respecto a que lo verdaderamente raro sería encontrar un solo texto que trate de interpretar la obra platónica y no incluya, al menos, alguna mención a su vida. En ese sentido cabe comentar que cuando nos interesamos en la vida de un autor, generalmente lo hacemos movidos por una extraña creencia en que conocer el contexto y las situaciones que vivió, nos ayudará a comprender mejor lo que quería decir en sus escritos, pues suponemos que si el pensamiento determina la acción, conociendo esta podremos deducir el otro. El problema es que, aunque la asunción es natural y se traspasa necesariamente a la escritura de cualquier biografía (qué sentido o interés tendría, de otro modo, reconstruir la vida del autor), su pertinencia no está garantizada en ningún caso. Podríamos aducir múltiples argumentos para ilustrar esta falta de garantía, pero aportaremos únicamente el más sencillo, que es el de la afirmación del consecuente. Del hecho de que el pensamiento determine la acción no podemos deducir que, de una determinada acción se siga un determinado pensamiento, puesto que estamos invirtiendo la dirección del razonamiento condicional. Ilustrado con un ejemplo: si le pregunto a mi amigo qué hora es y este, al escucharme hacerle esa pregunta supone, naturalmente, que yo quiero saber qué hora es, se equivocará de todo punto en tanto yo lo que quería era que se diera cuenta de que se había hecho tarde y que nos teníamos que ir. No obstante,

¹ Un ejemplo del primer tipo lo encontramos en A. E. TAYLOR, *Plato. The Man and his Work*, Methuen & Co., Londres, 1926, y del segundo tipo destacamos la entrada biográfica que Debra Nails aporta a la guía de Blackwell de 2006 (D. NAILS, 'The life of Plato of Athens', en *A Companion to Plato*, ed. de Hugh. H Benson, Blackwell, Oxford, 2006). Es ya clásica la referencia a la biografía de Platón que ofrece Guthrie en el contexto de su historia de la filosofía griega: W. K. C GUTHRIE, *Historia de la filosofía griega IV. Platón. El hombre y sus diálogos*, trad. de Álvaro Vallejo Campos y Alberto Medina González, Gredos, Madrid, 1998.

lo que sí está justificado es que queramos encontrar, en la vida de un autor, el ejemplo material de sus doctrinas, es decir, que sea coherente.

Con Platón, por otra parte, como con una gran parte de los autores de la antigüedad, sucede que la información de que disponemos para tratar de reconstruir históricamente su vida es abrumadoramente escasa, lo cual limita de entrada el alcance de cualquier proyecto biográfico que se quiera emprender. A este problema, tradicionalmente se le ha unido, como señala Romm (p. xxi), el de la autenticidad de las *Cartas*, que constituyen la principal fuente textual de la que extraer información sobre la vida del filósofo, pues se trata de textos en los que el propio Platón nos relata, entre otras cosas, episodios concretos de sus viajes a Siracusa, además de comentar su relación con importantes figuras de su tiempo y con otras personas, amén de incluir comentarios sobre el sentido de su propia obra. Ya en la introducción, Romm nos previene acerca de que el problema de la autenticidad de las *Cartas* es especialmente inquietante porque desde el siglo XV ha habido diversas posturas al respecto, pero, sobre todo, porque lo que muestran los diferentes cambios de postura de los estudiosos durante los siglos XIX y XX es que de lo que realmente depende que se consideren o no auténticas (o cuáles de ellas sí y cuáles de ellas no) es de la mentalidad previa con la que los estudiosos se enfrentan al problema. Sobre esta cuestión indicaremos algo más posteriormente.

Poniendo entre paréntesis las *Cartas* por un momento, podemos añadir una comparación para explicar la escasez de biografías platónicas que antes hemos mencionado. De igual modo que no tenemos vidas de Plutarco porque tenemos las *Vidas* de Plutarco, no tenemos vidas de Platón porque tenemos la “vida” de Sócrates que constituyen los *Diálogos*. Además, mientras que Plutarco, pese a no escribir sobre sí mismo, sí que deja pinceladas aquí y allá, las menciones de Platón sobre sí mismo en los *Diálogos* se reducen a dos: una, en la *Apología*, para decir que estaba presente y otra, en el *Fedón*, para decir que no estaba presente. Podría decirse que a Platón no le importaba mucho hablar de sí mismo. Romm, por el contrario, opta por ver ese silencio como una señal de que Platón tiene algo que esconder. Desde este punto de vista, diálogos como la *República* se pueden poner en relación con su actuación política, especialmente por lo que se refiere a sus viajes a Siracusa y a su relación con los tiranos Dionisio el viejo y Dionisio el joven, o con Dion, que serían los equivalentes a la figura del filósofo rey de la que habla Sócrates. En última instancia, entender lo que hizo Platón en sus viajes nos permitiría, según Romm, iluminar lo que dice en los textos. Romm no es el único representante de esta postura, pues, recientemente, se ha sumado a las escasas biografías de Platón la realizada por Robin Waterfield,² que destaca por una recopilación de las últimas evidencias papirológicas y epigráficas, pero, del mismo modo que en el caso del volumen de Romm, también por mantener un estilo accesible, no limitado a lectores académicos. La interpretación de Waterfield es que, en los viajes a Siracusa, Platón intentó poner en práctica la filosofía política desarrollada en la *República*, pero, ante el fracaso del experimento, repensó todos sus planteamientos, lo que le llevó a escribir el *Político*, donde el idealismo del filósofo rey se descarta en favor de una versión técnica representada por el gobernante profesional y, finalmente, las *Leyes*, donde aboga por el “segundo mejor” estado, que es aquel que está sometido al imperio de la ley (libro 5, 739a y ss.). Romm da incluso un paso más allá. Coincidiendo en general con esta interpretación, Romm sugiere, no obstante, que

² R. WATERFIELD, *Plato of Athens. A life in Philosophy*, Oxford University Press, New York, 2023.

la escritura de la *República*, que en su reconstrucción cronológica se produce en paralelo a los viajes a Siracusa, es ya un intento de auto-justificación, es decir, una operación de propaganda.

Romm no pretende hacerse cargo de la densidad textual de obras como la *República* o las *Cartas* sino, más bien, ofrecer claves de lectura basadas en la vida de Platón que abran los textos de un modo que nos permita afrontar el auge del autoritarismo en las sociedades actuales. A través de la reconstrucción y el análisis histórico de la relación del filósofo con los tiranos de Siracusa, en un contexto de declinación de la democracia ateniense, nos ofrece un argumento para alejarnos de toda visión revolucionaria o proyecto de transformación social radical puesto que, en última instancia, avocan al totalitarismo. En palabras de Romm:

Like many today, Plato thought that traditional governance systems were failing and only a radical transformation could stop the decline. In *Republic* he offered a route to redemption: a new form of autocracy, philosopher-kingship. He believed that an enlightened strongman, unconstrained by law or limits on power, could solve the world's ills, which he otherwise deemed insoluble. That belief has beckoned to many over the centuries and its appeal is once again strong, as global complexities mount and expectations for the future seem to grow darker. But Plato's Syracuse misadventure suggests that we, like Shakespeare's Hamlet, might "rather bear the ills we have/than fly to others that we know not of" (p. xx).

[Como muchos hoy en día, Platón pensó que los sistemas políticos tradicionales estaban fallando y solo una transformación radical podía detener la declinación. En la *República* ofreció una ruta para la redención: una forma nueva de autocracia, la del filósofo-rey. Creía que un hombre fuerte e ilustrado, sin restricciones legales ni limitaciones a su poder, podría solucionar los males del mundo que, de otro modo, consideraba irresolubles. Esa creencia ha cautivado a muchos a lo largo de los siglos y su atractivo es fuerte de nuevo, a medida que aumentan las complejidades mundiales y las expectativas de futuro parecen oscurecerse. Pero las desventuras de Platón en Siracusa sugieren que nosotros, como el Hamlet de Shakespeare, podemos "preferir lo malo conocido a lo malo por conocer".]³

Siendo ese su objetivo, podemos destacar que uno de los mayores aciertos del libro es la reconstrucción narrativa de los viajes de Platón a Siracusa. La exposición de los hechos es clara y la integración de las fuentes disponibles, prudente. Romm no presenta el relato como una certidumbre, sino como una posibilidad razonada, lo que hace que la lectura resulte útil para quienes buscan comprender las circunstancias históricas de esos episodios. Destaca como introducción a las complejidades del mundo griego del siglo IV, a los conflictos de poder en Sicilia y a la red de relaciones personales e ideológicas en la que Platón se vio envuelto. El recurso a episodios paralelos o secundarios —como el papel de Filisto o la evolución del gobierno en Siracusa tras la caída de Dionisio el Viejo— enriquecen el cuadro general y permiten comprender las tensiones políticas que Romm conecta con el pensamiento platónico. Además, su inclusión del capítulo sobre Timoleón permite ver claramente en qué sentido es platónica la vida que escribió Plutarco. El apunte sobre el final de Dionisio el joven en Corinto permite comprender en qué medida el episodio tiránico es a la vez trágico y cómico (pp. 287-289). En general, el volumen de Romm es necesario porque

³ Traducción propia.

reconstruye formidablemente una historia que nos permite captar los asomos biográficos de Platón en su obra.

Ahora bien, más allá de los aspectos narrativos e historiográficos, el planteamiento general del libro se ve lastrado por dos supuestos que conviene poner en cuestión. El primero es la aceptación acrítica de la cronología evolutiva de los diálogos platónicos, es decir, la idea de que puede establecerse una secuencia relativamente precisa en la composición de los textos, que además reflejaría una evolución interna en el pensamiento de Platón. Esta tesis, defendida por generaciones de filólogos y filósofos desde el siglo XIX, ha sido ampliamente cuestionada por estudios más recientes, que advierten de la fragilidad de los criterios estilométricos, la circularidad de muchos de los argumentos cronológicos y, sobre todo, de los riesgos de leer los diálogos como si fueran confesiones intelectuales de su autor.⁴ Romm, sin embargo, da por supuesta esa cronología e interpreta la *República*, el *Político* y las *Leyes* como hitos de un desarrollo lineal que iría del idealismo radical a un realismo moderado, proyectando sobre los textos una coherencia y progresión que puede no corresponderse con su naturaleza dramático-dialógica. Así, al afirmar que la *República* fue compuesta “durante” los viajes a Siracusa y que su contenido responde en parte a las experiencias políticas de Platón en la corte de Dionisio, Romm parece incurrir en una forma de biografismo que reduce la densidad filosófica de la obra a la anécdota vital. La consecuencia de esta lectura es que los diálogos dejan de ser interrogaciones abiertas para convertirse en respuestas cifradas a problemas personales.

El segundo supuesto es más ideológico y tiene que ver con la interpretación que el libro propone de la *República*. Como se ha visto en el pasaje citado, Romm adopta una perspectiva que hunde sus raíces en la crítica popperiana de mediados del siglo XX. *La sociedad abierta y sus enemigos*, publicada en 1945, acusaba a Platón de ser el padre espiritual del totalitarismo moderno, al defender un modelo de ciudad regido por una élite filosófica con poder absoluto. Aunque Romm no suscribe de forma explícita todas las tesis de Karl Popper, su aproximación al texto es claramente tributaria de esa lectura: La *República* se presenta como una propuesta de “autocracia ilustrada”, cuya influencia a lo largo de la historia ha sido peligrosa y cuya génesis está ligada al fracaso de Platón en Siracusa. Esta filiación es reconocida de forma expresa en un punto crucial de la introducción, donde se cita a Popper para cerrar el argumento moral del libro: “Great men may make great mistakes [...] Some of the greatest leaders of the past supported the perennial attack on freedom and reason” [Los grandes hombres pueden cometer grandes errores {...} algunas de las celebridades más ilustres del pasado mantuvieron un permanente ataque contra la libertad y la razón] (p. xx).⁵ La implicación de esta cita, en el contexto de la obra, es que Platón debe ser juzgado

⁴ Leo Strauss y sus seguidores han sido los principales detractores de la cronología de la composición, destacando especialmente la obra de C. ZUCKERT, *Plato's Philosophers. The coherence of the dialogues*, University of Chicago Press, Chicago, 2009, por ofrecer la primera reconstrucción dramática del orden de lectura de los diálogos de Platón. Para un orden de lectura metodológicamente agnóstico respecto a la cronología de la composición, cf. W. H. ALTMAN, ‘El orden de lectura de los diálogos de Platón’, *La torre del virrey. Revista de Estudios Culturales*, trad. de Jose María Jiménez Caballero, n.º 25, 2019/1, pp. 93-128. Para una ampliación del concepto de “orden pedagógico”, cf. los cinco volúmenes sobre Platón del profesor Altman, publicados en Lexington Books. Hay versión española del volumen sobre la *República* en W. H. ALTMAN, *Platón el maestro. La crisis de la República*, trad. de María Golfe, UCO Press. Editorial de la Universidad de Córdoba, 2022.

⁵ Traducción extraída de K. R. POPPER, *La sociedad abierta y sus enemigos*, trad. de Eduardo Loedel Rodríguez, Paidós, Barcelona, 2017, p.9.

no solo por lo que escribió, sino por lo que inspiró, y que su figura forma parte de un linaje autoritario que debemos aprender a resistir.

Esta forma de leer los diálogos no solo desconoce su carácter dramático, sino que pasa por alto el lugar que ocupa Sócrates como figura principal. Si hay algo que define la *República* es precisamente la construcción de una escena donde se investiga el sentido de la justicia y el modo en que una ciudad podría estar ordenada para que el alma también lo estuviera. Que esa ciudad sea posible o deseable no es algo que el texto afirme sin más, y basta con atender a los momentos de duda o a las interrupciones irónicas para advertir que lo que se ofrece no es una utopía programática, sino un ejercicio de pensamiento. Atribuirle a Platón la intención de haber escrito la *República* para justificar sus acciones políticas en Siracusa equivale a reducir el texto a una función externa, sin considerar los mecanismos internos que lo constituyen como diálogo filosófico.

En relación con esto último, conviene detenerse un momento en el uso que Romm hace de las *Cartas*. Como ya se ha dicho, buena parte de su reconstrucción se basa en aceptar como auténticas al menos algunas de ellas, en particular la VII. Es sabido que la autenticidad de esta carta ha sido muy discutida y que no hay un consenso firme al respecto. Romm es consciente de ello, pero opta por apoyarse en el criterio de verosimilitud histórica y en el análisis de estilo para defender que la carta debe ser leída como testimonio. Sin entrar en discusiones pormenorizadas, lo que no queda claro en su argumentación es por qué no opta, como parece deducirse de sus propios planteamientos, por un agnosticismo metodológico que le permita aceptarlas todas, siquiera a priori, como verdaderas. En cualquier caso, lo que Platón afirma en esa carta sobre sus escritos es que estos no deben entenderse como exposiciones sistemáticas, sino, como señala Eva Brann a propósito de la *Carta II*, como una manera de devolver al lector la imagen de un Sócrates joven y bello (314c).⁶ Dicha afirmación desautoriza cualquier intento de leer los diálogos como respuestas doctrinales a situaciones concretas. Si el propósito de Platón era más bien ofrecer un retrato filosófico de Sócrates, el valor de los textos no está en lo que puedan decirnos sobre la política de su tiempo, sino en cómo nos permiten pensar con y a través de la figura del filósofo. El uso que Romm hace de las *Cartas*, al margen de esta indicación fundamental, refuerza una lectura reduccionista entre vida y obra que el propio Platón rechaza.⁷

Una última observación puede introducirse aquí si atendemos a una línea de interpretación menos conocida, pero sugestiva. En los últimos años, William Altman ha defendido que los diálogos de Platón no deben leerse como exposiciones doctrinales ni como productos de una evolución biográfica, sino como instrumentos pedagógicos cuidadosamente dispuestos. Según su propuesta, Platón habría organizado sus escritos como un verdadero currículo para la Academia, de modo que los diálogos posteriores a la *República* —incluyendo el *Político* y las *Leyes*— funcionarían como ejercicios de evaluación dirigidos a los estudiantes, para comprobar si estos han

⁶ E. BRANN, *Un-Willing. An Inquiry into the Rise of Will's Power and an Attempt to Undo It*, Paul Dry, Philadelphia, 2014, p. 4.

⁷ Cabe aún destacar que, entre las posibilidades hermenéuticas sobre las *Cartas*, Romm no parece tener en cuenta la más sencilla, que es la de la unidad conceptual del corpus epistolar platónico, defendida recientemente por ARIEL HELFER en su obra, *Plato's Letters: The Political Challenges of the Philosophic Life*, Cornell University Press, Ithaca (NY), 2024. Cf. reseña de Ricardo Bonet en *La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, Núm. 37, 2025/1.

comprendido y, sobre todo, si se mantienen fieles a la enseñanza central: la idea del Bien. Leídos en ese marco, los aparentes desplazamientos doctrinales no serían tales, sino pruebas cuidadosamente diseñadas para provocar la reflexión y, en ocasiones, la resistencia. Desde esta perspectiva, resulta significativo que el propio Romm, quien confiesa haber dedicado años a la enseñanza de la *República*, haya terminado leyendo el diálogo como una justificación de un experimento fracasado o como un texto sospechoso por su contenido político. Tal vez no sea desacertado pensar que, al tomar por real lo que debía leerse como una hipótesis, Romm no ha superado del todo la prueba a la que Platón sometía a sus discípulos. Desde esta perspectiva, aquello a lo que Romm llama “romper el hechizo” (p. xx) forma parte de los efectos del texto previstos por Platón, que pone a prueba no solo a los personajes que en él dialogan, sino también a sus lectores.

Finalmente, si, como se ha señalado, el propósito de Romm es ofrecer una advertencia para nuestro tiempo, en el que la amenaza de la tiranía reaparece en el horizonte de las democracias, cabe preguntarse en qué medida lo consigue. Es posible que su mayor acierto resida en la descripción precisa del funcionamiento interno de las tiranías de Siracusa, de las dinámicas de poder, de los mecanismos de aislamiento y adulación, y de la lógica de la sospecha que termina corroyendo incluso las relaciones más cercanas. Esa reconstrucción permite advertir con claridad por qué tales regímenes son siempre indeseables, incluso cuando se presentan bajo formas ilustradas. Sin embargo, al leer la *República* como una propuesta utópica o como un manifiesto comprometido con un modelo de ciudad, Romm reduce el texto a una lógica de bandos: o se está del lado de la democracia, o se está del lado de la tiranía. Esta lectura pasa por alto tanto el origen real de la tiranía, que Platón sitúa claramente en el seno mismo de las democracias degradadas, como la posición del filósofo, que no se alinea con ningún régimen. El paradigma del filósofo está siempre fuera, y su observación le guía en base a un respeto absoluto por lo real y a una conciencia de que los males de la ciudad no tendrán fin. Frente al deseo de transformar el mundo mediante proyectos políticos, la filosofía platónica recuerda, una y otra vez, que el mal no se erradica, solo se administra. Y tal vez por eso sigue siendo tan difícil de enseñar.

Adolfo Llopis Ibáñez